



Las nuevas rebeldías. Sobre *La resta*, de Alia Trabucco Zerán (Santiago: Tajamar, 2015)¹

Alejandra Costamagna

En la novela *La resta* hay, naturalmente, una operación aritmética con números sustraídos y cálculos orientados a cuadrar guarismos. Desde el primer capítulo asistimos a una cuenta regresiva, de once a cero, en la voz de uno de los protagonistas que más que hablar parece susurrar un canto obsesivo, una especie de mantra mortuoria conducente al borrón y acaso a la cuenta nueva. Felipe, este primer narrador de *La resta*, lleva el registro de los cadáveres acumulados en la ciudad; muertos (a veces fantasmas, es decir muertos-vivos) que se le van apareciendo, como si fueran el reverso de los desaparecidos del país durante la dictadura. Pero también como si fueran su prolongación en este país desmemoriado, de frágil y dudosa democracia. Y la cifra crece, constatará el narrador, “como crece la espuma, la rabia, la lava” (11). Por eso el muchacho no suma los cadáveres, sino que los resta, los elimina, los pone a salvo, a su particular modo, de los pliegues del olvido. Se trata de una operación aritmética y memoriosa obsesiva, que lo lleva a preguntarse cómo igualar la cantidad de muertos y las tumbas; cómo saber cuántos nacemos y cuántos quedamos; cómo ajustar las matemáticas mortales y los listados. Preguntas que tienen una respuesta inmediata en su cabeza delirante. Escúchenlo:

“Sustrayendo, descomponiendo, desgarrando cuerpos [...], usando la aritmética del fin de los tiempos, para así, de manera rotunda y terminal, amanecer el último día, apretar los dientes y restar: dieciséis millones trescientos cuarenta y un mil novecientos veintiocho, menos tres mil y tantos, menos los ciento diecinueve, menos uno” (13).

Las cifras no son gratuitas, por cierto. Aunque hoy no tengamos certeza del número exacto de los habitantes de Chile (¡gracias, Censo 2012!), quedémonos con la cifra aproximativa de Felipe; con esos dieciséis millones trescientos y tantos mil. A ese número, el muchacho le resta “tres mil y tantos”, que corresponden al número de detenidos desaparecidos durante la dictadura. Y luego resta también ciento diecinueve, que podrían ser los ejecutados en la Operación Colombo, la acción de la Dina de 1975 con la que la dictadura intentó hacer creer a la opinión pública que se trataba de

¹ Texto de presentación de la novela, leído en la librería Ulises de Lastarria el 30 de julio de 2015.

enjuiciamientos entre camaradas de izquierda, y que nos dejó ese infame e inolvidable titular del diario *La Segunda*: "Exterminados como ratones". Pero Felipe resta por último a "uno". Uno sin nombre, sin precisión, uno faltante que puede ser el muerto más reciente, encontrado cerca del río Mapocho. O el loro asesinado de manera ni tan inocente por el mismo niño, en su infancia en el campo. O su propio padre desaparecido. O su madre muerta de un "cáncer de pena". O su abuela también muerta, también en estado de pena endémica hasta su último respiro. O la madre de una de las protagonistas cuyos restos deben ser repatriados. O él mismo. "Todos estamos muertos" dirá en algún momento Felipe, avanzada la novela.

Pero con ese "todos" no estará hablando de él (o no solo de él), sino de un país completo. Un territorio sepultado, simbólicamente, bajo las cenizas que caen del cielo. Un país en blanco y negro que celebra a todo color. Un país herido de muerte que es relatado hoy por sus sobrevivientes en un contrapunto que va desde las cifras desquiciadas (en la voz de Felipe) a las palabras ordenadoras (en el relato de la otra protagonista: Iquela). Porque esta es una novela sobre muertos-vivos, como vemos desde el inicio, pero también sobre las palabras para dar cuenta del pasado de esos muertos en el presente de los vivos. Esta es una novela sobre la difícil transmisión de una herencia política, sobre las marcas traumáticas y las cicatrices que deja la historia con mayúsculas en los espacios íntimos. Sobre lo que se decide olvidar y lo que se elige recordar. Lo que se decide decir y lo que se opta por silenciar. Sobre la memoria de los padres y la memoria de los hijos. Sobre esa diferencia, esa operación aritmética: la sustracción de la gran épica memoriosa de una generación y el acoplamiento, en su lugar, de una memoria tambaleante, llena de huecos, afilada y fragmentada pero propia. La memoria de los descendientes.

Así lo constata la segunda narradora de *La resta*, una muchacha de nombre Iquela, cuyos capítulos irán sin número, descompuestos de orden y de tiempo, con unos paréntesis vacíos como las zonas agrietadas de la misma memoria que se intenta reconstruir. Su relato parte aludiendo a una fecha exacta de su infancia, que su madre ha querido que recuerde para siempre: el 5 de octubre de 1988, el día del Plebiscito Nacional. "Pero no fui yo, sino mi madre, quien decidió que esa noche no la olvidaría", advierte la narradora. Y ella ahora lo recuerda, claro que sí, pero no por las mismas razones de los adultos. No por el triunfo del NO y la celebración en la casa de sus padres, con amigos militantes o exmilitantes de izquierda, que durante esa misma jornada traen a sus memorias ciertos episodios turbios, de traición y sobrevivencia. Lo de Iquela será, en cambio, un recuerdo de la intimidad. Mientras los padres escuchan las cifras de aprobación del NO, ella da sus primeras piteadas de cigarrillo y toma los restos del trago de los adultos ("los grandes", dice) con Paloma, hija de unos amigos y camaradas de sus padres. Mientras los adultos se sacan en cara su accionar político, las niñas se besan a escondidas.

Y años antes, mientras los adultos experimenten sus derrotas en el Chile de Pinochet, los niños –que viven escenas de hermanos, pero no tienen un parentesco de sangre– jugarán al apagón, a la noche, a desaparecer, a estrangularse los dedos, a coleccionar costras. A las barbies guerrilleras, juegan.

O a hacerse heridas reales, a enumerar y hacer listas de manera obsesiva para no pensar en cosas tristes. Juegan a inventarse una genealogía antigua que les permita huir de su condición de hijos de la que, sin embargo, no pueden desprenderse. Escúchenlos, escuchen a Felipe hablándole a Iquela cuando eran niños:

"Seamos parientes, pero lejanos ¿bueno?, como choznos, eso es: iseamos choznos!, le dije, porque cada uno tiene cuatro abuelos, ocho bisabuelos, dieciséis tatarabuelos y itreinta y dos choznos!, iseamos choznos!, y ella explicándome que para ser choznos debíamos tener hijos y que esos hijos tuvieran hijos y ellos también y los que siguen itambién!, pero ella y yo no queríamos tener hijos, por ningún motivo, hijos sí que no, ¿cómo íbamos a tener hijos si nosotros éramos los hijos?" (154-155).

Las experiencias de los padres, es evidente, correrán por un carril distinto a las de los hijos. Y lo mismo ocurrirá con la memoria, que se expresará en las palabras usadas, en el tono y en los énfasis dados. "Su memoria funcionaba sin atajos innecesarios (disciplinada, obediente, militante esa memoria)", dirá Iquela, refiriéndose a los recuerdos de la madre. Y marcará las diferencias: "No eran recuerdos organizados por décadas o estaciones. No era como mi memoria, empecinada en un color o una textura. La memoria de mi madre operaba como una geografía de sus muertos, y ahí estaba, desplegada ante Paloma para que ella navegara sin problemas" (68).

Paloma, el tercer personaje protagónico de esta novela (que sin embargo es narrada en las voces de Felipe e Iquela), es una hija de exiliados que aparece en ese primer capítulo de rememoración del 5 de octubre de 1988, cuando figura junto a Iquela como un par de extras de una fiesta ajena, la fiesta de los "grandes". Y vuelve a aparecer años después, de duelo, en el presente de la narración, decidida a emprender un viaje al otro lado de la cordillera por tierra y capear la lluvia de cenizas que afecta a Chile por esos días. No sabemos si las cenizas provienen de un volcán en erupción o de las mentes febriles de los hijos o de la venganza fantasmagórica de los muertos sin tumba. Porque esta novela va y viene en un cautivante movimiento entre el delirio y el documento, entre el realismo y el disparate. Como sea, Paloma convencerá a Iquela y Felipe de atravesar los Andes junto a ella. Y aquí viene un detalle que me parece sumamente significativo para pensar en el diálogo que establece este texto con otras llamadas "novelas de los hijos" en Chile. Pero también para pensar en sus sutiles diferencias.

Veamos. En el artículo "Formas de salir de casa, o cómo escapar del Ogro: relatos de filiación en la literatura chilena reciente"², la académica Lorena Amaro propone una lectura de novelas contemporáneas en las que la posición de los hijos como personajes secundarios de un relato histórico comandado por los padres se manifiesta, de manera gráfica, en la imagen de los niños

² Amaro, Lorena. "Formas de salir de casa, o cómo escapar del Ogro: relatos de filiación en la literatura chilena reciente". Santiago, 2013. <http://www.scielo.cl/pdf/lyl/n29/art07.pdf>

ocupando el asiento trasero del auto de sus progenitores. Y pone ejemplos de escenas en *Formas de volver a casa*, de Alejandro Zambra; *Camanchaca*, de Diego Zúñiga; o *Fuenzalida*, de Nona Fernández, entre otras novelas. En el libro de Alia Trabucco la escena de los hijos en los autos vuelve a aparecer como una imagen que emerge de la infancia. Escuchemos el recuerdo de Iquela: "Imitaba su tono infantil, el recuerdo de sí mismo en la butaca trasera del auto, golpeando eufórico el apoyacabezas de mi madre (quietos, el cinturón, cálmate, Felipe). Siempre lo mismo" (143). Pero esa fotografía congelada del personaje es puesta en contraste con una imagen invertida: ahora, en el presente de la narración de *La resta*, los conductores son los hijos. Tres jóvenes que conducen y emprenden el viaje, todos en la cabina del auto, reservando la parte trasera para los padres. Solo que no se trata de un vehículo común y corriente, sino de una carroza funeraria. Y los padres son esta vez cadáveres, restos que hay que repatriar y traer de vuelta a casa.

No voy a "spoilear" más, no se preocupen. Solo quiero decir que estas son las "formas de volver a casa" en la novela de Trabucco Zerán. Los personajes quieren sacudir convenciones y asumir un protagonismo mayor. Entonces buscan nuevas condiciones para validar sus identidades, tener sus causas y construir un relato propio. Un relato que es necesario desmenuzar, obsesivamente, palabra por palabra. Ellos necesitan construir un diccionario, si es posible, buscar un nuevo léxico que resignifique los términos gastados de la jerga militante. Iquela, que en el presente trabajará como traductora (y que estará pendiente en todo momento del castellano deficiente de Paloma, criada en el exilio), hurgará en las grietas del idioma y hará el recuento de algunos términos. Para los padres una chapa no será una cerradura de la puerta; una cúpula no será el techo de una iglesia; un movimiento no será una acción; una facción no será un rasgo de la cara y una célula no tendrá mitocondrias ni núcleos ni membranas. Caer, quebrarse y hablar tampoco serán lo que dice el diccionario de sus infancias. Pero la operación de Iquela para su amiga Paloma (y para sí misma) será doble: del chileno traducirá al castellano y del castellano de otra época al de estos días (96).

Porque esta es también, a fin de cuentas, una novela sobre las palabras y sus resonancias. Sobre las connotaciones temporales y generacionales de los mismos términos y la identidad que eso alimenta o bien margina. Sobre la falsa inocencia del lenguaje. Sobre los tropiezos de la lengua que pueden cambiar la historia. Y sobre la culpa de las palabras también. O, más bien, de quienes las emiten o las silencian. Sobre la posibilidad de enmudecer, de llegar a cero en las cuentas de la memoria. De restarse o, por el contrario, hallar al final de todas las aritméticas y los diccionarios posibles las claves de un discurso genuino que permita sacar la voz para volver a narrar la historia. La historia con minúsculas, fragmentada y toda rota, pero al fin la historia propia que les permita ser protagonistas y ya no "extras" de la derrota o de la fiesta de los grandes.